

www.elboomeran.com

INTERIOR AZUL

TEZONTLE

Interior azul



ANNA R. XIMENOS



Primera edición, 2012

Ximenos, Anna R.

Interior azul / Anna R. Ximenos. – Madrid : FCE, 2012.

148 p. ; 21 x 14 cm – (Colec. Tezontle)

ISBN 978-84-375-0684-5

1. Cuentos – Mujeres 2. Literatura española – Siglos XXI I. Ser. II. t.

LC PQ6623

Dewey M863 X493i

© 2012, Anna R. Ximenos

D. R. © 2012, de la presente edición:

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ESPAÑA, S.L.

Vía de los Poblados, 17, 4º - 15; 28033 Madrid

www.fondodeculturaeconomica.es

editor@fondodeculturaeconomica.es

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Carretera de Picacho-Ajusco, 227; 14200 México, D.F.

www.fondodeculturaeconomica.com

Diseño de portada: Perricac Compañía Gráfica

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra –incluido el diseño tipográfico y de portada–, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito del editor.

ISBN: 978-84-375-0684-5

Depósito Legal: M-35065-2012

Impreso en España

Índice

Anna Ajmátova
9

Jane Bowles
21

Marguerite Duras
29

Anne Sexton
35

Mary Wollstonecraft
45

Colette
51

Mary Shelley
59

Anna Freud
67

Dorothy Parker
77

Karen Blixen

83

Linda Campbell

89

Katherine Mansfield

97

Carson McCullers

107

Marguerite Yourcenar

115

Virginia Woolf

123

Hannah Arendt

133

JANE BOWLES (Jane Auer, norteamericana, 1917-1973) fue miembro destacado de la bohemia del Greenwich Village neoyorquino. Después de pasarse la vida en hoteles baratos y hospitales, conoció a Paul Bowles, con el que se casó y se marchó a vivir a Tánger, ciudad entonces cosmopolita y mágica que ellos pusieron de moda entre apátridas profesionales y gurúes del malditismo. La relación de Jane con Cherifa, su sirvienta, ha dado pie a todo tipo de rumores y elucubraciones. Fallecida en un asilo psiquiátrico de Málaga, donde está enterrada, la leyenda de Jane va creciendo a pasos agigantados junto con su obra, breve, pero intensísima e inolvidable.

Tánger, Marruecos
1950

Yo, Jane Bowles, amo a Cherifa. Ella, Cherifa, ama el dinero. Mi dinero. Lo poco que tengo. Y la casa de la kasba. Para llegar a ella hay que perderse por el laberinto medieval de las callejas de Tánger y dejarse llevar por el olor a kif, polvo y menta. Mi casa se encuentra al final del aroma, sobre un jazmín trepador. Cherifa sabe que será suya cuando me muera. Por eso intenta envenenarme de vez en cuando. Un juego. Y en la vida lo importante es participar.

Cuando vivía sola, me pasaba las tardes recorriendo la casa despacio, rozando las paredes con la mano. ¿De qué me servía un hogar sin Cherifa? Un día ya no pude más. Hoy, tiene que ser hoy. Salí a la calle y me apresuré por el camino del zoco. Encantadores de serpientes, perros, niños, vendedores de lámparas, y allí, en la entrada del mercado de las especias, Cherifa. El pulso se me aceleró al mirarla: la hermosa cabellera negra, los endemoniados ojos azules, cada gesto suyo prometiendo una mujer distinta. Cherifa se aburría en su barraca, parapetada tras las cajas de dátiles, almendras y avellanas. Mordisqueaba un anacardo simulando no verme. Me planté ante ella, puse los brazos como si fueran alas y los moví. Entendió perfectamente. Hoy, en casa, pollo. No accedería a la primera. Se cortó la garganta con un cuchillo imaginario y masculló algo sobre su familia. Volví a mover las alas con decisión, di media vuelta y eché a andar. En Tánger no hay bares para mujeres con reservados

como en el Village. Pero el pollo es un bien escaso. La belleza, también. Cherifa cerró la barraca y me siguió.

Para ganar hay que atreverse a perder.

Además de pollo había comprado cordero y carne picada y aceitunas y pasas y huevos y mucha lechuga, pepino, tomate y cebolla, todo picadito, y litros de aguardiente tibio de manzana. Comimos y bebimos. La mirada de Cherifa comenzó a dulcificarse. Ese fue mi postre. Azúcar, piñones, té con hierbabuena. Después, me pidió un purrito. Fumamos. Cherifa sonrió. Luego, creyendo que no me daba cuenta, metió disimuladamente mi monedero en su bolso.

Al anochecer subimos a la azotea. Apartamos las colchas de colores mecidas por el viento de levante y contemplamos los tejados añiles de las casas, los barcos, la larga hilera curvada de luces a lo largo de la playa. Nos acompañaban las notas lejanas de una radio mal sintonizada. Me miré en el azul de los ojos de Cherifa. Díselo, pensé. Dile una noche de verano a otra mujer.

—Jinnie... —murmuró ella—. Es curioso que no pueda comer huevos en casa y que aquí los coma.

—Quédate —le pedí—. No quiero estar más a solas en esta casa triste.

Ella meditó largo rato sobre su vida futura, calculando en voz alta un número indeterminado de huevos y pollos.

Nos acostamos juntas, en mi cama, boca arriba.

—A dormir —dijo—. Adiós.

Pero me besó. Y yo la besé. Y la abracé. De pronto, se sacudió mis manos de encima y murmuró con terror:

—Tengo documentos que demuestran que soy virgen.

Cerca de la piel, la noche fue larga. La lenta marcha de nuestros cuerpos cedió a un alba sexuada y con el primer rayo de sol, el canto del muecín inauguró un nuevo día. El cabello

de Cherifa desparramado sobre la almohada prometía el paraíso. Para ella, el paraíso hubiera sido vivir sin pasar hambre.

—Me quedaré —susurró Cherifa—. Solo por ti. Para que no estés sola.

Se quedaría en calidad de sirvienta. De lo contrario, los marroquíes la habrían tomado por una prostituta.

Se instaló en mi casa. Le compré dos pares de zapatos, siete chilabas, una radio y un corral de pollos para la familia. Aun así, continuaba robándome. Y para demostrarme que no era una sirvienta contrató a una sirvienta. Cada día se hacía servir el desayuno en la cama. Primero pedía pan, luego té, luego un plato y después un cojín, fascinada con el ir y venir de la muchacha. La llamaba por última vez y se quedaba pensativa, sin saber qué pedirle.

—¡Un periódico! —gritaba.

Ella, que no sabía leer. La criada perdía la paciencia y amenazaba con despedirse. Cuando yo le suplicaba a Cherifa que pidiera todas las cosas de golpe ella se enfadaba, cogía algunos billetes y daba un portazo. Regresaba. Discutíamos. Volvíamos a pactar. A veces ganaba ella. A veces, pocas, yo.

Un día Cherifa despidió a la sirvienta.

—Me robaba dinero —dijo.

Tuve que aguantar la carcajada. Haciendo caso omiso a mi burla, Cherifa, muy seria, se puso a preparar la comida. Contemplé con ternura cómo pelaba las verduras y removía el trigo en la olla por primera vez para mí. Hagan juego. ¿Me amaba? Su ternura y cariño parecían reales. Su ansia por mi dinero, también. ¿Me amaría algún día? Cherifa abrió la ventana y arrancó un manojo de cilantro de la maceta.

—Jinnie —dijo—, vete a leer el periódico, aún falta un rato.

Al cabo de media hora nos sentábamos a la mesa.

—Gracias por la comida —dije, y le acaricié la mejilla mientras ella servía el cuscús.

—Pruébalo, Jane —dijo solícita.

Qué raro. Siempre me llamaba Jinnie. Y de repente entendí. Le agarré la muñeca con firmeza y le alargué mi plato:

—Primero tú —ordené.

De un codazo, Cherifa tiró el plato al suelo. Se apartó de mí empujándome, alzó los brazos, invocó a Alá y cayó de rodillas. Gimió, se arañó la cara entre convulsiones. Gritó que le dolían los brazos. Que no veía nada. Y, culminando la actuación, aulló que se había quedado ciega.

Jugar. Ganar o perder, pero jugar.

La ayudé a cambiarse de chilaba y la acompañé al oculista. Caminábamos cogidas de la mano. Cherifa tropezaba con lo que le salía al paso. Al cruzar la puerta de la consulta, se detuvo en seco.

—No creerán que me he quedado ciega —dijo, mirándome a los ojos, olvidada por un instante la ceguera—. Pensarán que no sé leer. ¡Qué vergüenza!

El oculista señaló un número con la varita, yo dije «cinco» en voz baja. Cherifa gritó «cinco». Él señaló una letra, yo susurré «a», ella gritó «a». «¿Qué representa esta figura?» «Un triángulo», dije. «Un triángulo», gritó ella. Al salir del oculista, Cherifa había recuperado el cien por cien de la visión. Alá es grande.

Los meses pasan. Al anoecer ya no subimos a la azotea. Duermo con una mujer que podría ser mi hermana y por la mañana me demoro en exceso haciendo una cama que no se ha deshecho. Cherifa ya se ha levantado y, aburrida, husmea descalza por la casa. Ahora, de espaldas a mí, valora un

espejo de mano que no se decide a robar. Desde hace algún tiempo, reconozco en cada uno de sus gestos, siempre, a la misma mujer. No me pregunto si me quiere, ni si me querrá. No me hago preguntas. «Cherifa», digo, y ella ni siquiera se molesta en ocultar lo que hurta. «¿Sí?». «Salgo», digo, «¿qué compro?», y discutimos infinitamente para decidir si nabos o remolacha.

Doy un paseo por la plaza, admiro cómo corren los pollitos nietos de los primeros que regalé a Cherifa y me paro a comprar remolacha y nabos. Después ella prepara y sirve el cuscús. Le digo que pruebe de mi plato. Me insulta, escupe. Tira el plato. Cae al suelo, poseída. Se queda ciega. Caminamos por la calle cogidas del brazo. El oculista, como se ha dado cuenta de que en cada visita Cherifa le roba algo —una toalla, unas gafas con cristales de aumento, el póster de las letras con el que he enseñado a Cherifa a leer—, nos grita prohibiéndonos la entrada. Cherifa lo hace callar gritando aún más fuerte. Luego, mientras como cualquier cosa en algún café sombrío de la kasba, Cherifa, muy orgullosa, me lee el periódico. Yo, sin escucharla, me concentro en el parloteo de las gallinas que picotean a nuestros pies. Cherifa y yo: esta rutina a dos voces a la que seguimos llamando juego.

Por eso hoy, cuando Cherifa sirve el cuscús y contemplo mi apatía en el fondo átono de sus ojos, antes de que le dé tiempo a reaccionar, clavo la cuchara en el plato. Como. Saboreo de nuevo la excitación del juego. Mi sangre se enciende. Otra cucharada. Cherifa no se mueve, desconcertada. Apuestas, apuestas, ¿quién da más? Continúo, retándola con la mirada. Ella baja los ojos, rehuyéndome, sin hacer nada para impedir que coma. Tal vez se haya dado cuenta de que no es necesaria mi muerte para disponer de la casa. Quizás se haya cansado de jugar y ya no envenene mis comidas. Qué más da. Hay venenos mucho más letales.

Engullo enloquecida: granos sobre el mantel, salsa en mi pechera. Jamás había probado un cuscús tan delicioso. Pero entonces Cherifa agarra su silla y la pega a la mía. Alza sus ojos y, sosteniendo mi mirada sin parpadear, se sienta y se pone a comer conmigo, de mi plato, atragantándose en silencio.

MARGUERITE DURAS (Marguerite Donnadiou, francesa, 1914-1996) nació en la antigua Saigón (Vietnam) y estudió derecho, matemáticas y ciencias políticas. Durante la segunda guerra mundial participó activamente en la resistencia francesa. Su marido, Robert Antelme, fue enviado a un campo de concentración. Fruto de esta doble experiencia nace *El dolor*, una de las obras más lacerantes y honradas surgida a partir de una experiencia bélica. Con *El amante* alcanzó el éxito mundial. *Yann Andrea* relata su relación con Yann, joven con el que vivió las dos últimas décadas de su vida. Por su parte, en *Ese amor* y en *M. D.* Yann Andrea, como si se tratara de un juego de espejos, y metabolizando el estilo de Marguerite de manera que se hace casi imposible distinguir uno del otro, habla de su conflictiva y apasionada relación con ella.

Saint-Tropez, Francia
1982

La lavadora está en medio de la playa, sobre la arena húmeda, cerca de las olas. Como se ha estropeado, Marguerite y Yann la usan de mesa de trabajo y bodega. Han colocado la Olivetti Lettera 22 y las copas de vino encima. En el tambor esconden las botellas de burdeos.

Llevan todo el verano viviendo junto al mar. Durante el día leen y ríen apoyados en la lavadora. Yann va desnudo. Marguerite lleva jersey de cuello vuelto, pantalones a cuadros y gorro de marinero. Al atardecer dan paseos por la orilla, alumbrados por las farolas del paseo marítimo. Por la noche beben. Después, Marguerite dicta palabras en voz alta. Yann escribe.

Yann

La luna está saliendo. Ninguna nube, ni un soplo de viento. Yann se sienta en un taburete frente a la lavadora y coloca una hoja de papel en la máquina de escribir. El mar ruge ante él y la espuma de las olas es plateada. Se humedece los labios con la lengua. Saben a sal. Y están secos. Se agacha, abre el tambor de la lavadora y coge una botella. Llena una copa y, antes de pasársela a Marguerite, bebe un sorbo.

Ella lleva un rato de pie, en silencio, pensando la siguiente palabra del libro que está escribiendo. Yann espera, con las

manos abandonadas sobre el teclado de la Olivetti. Intenta concentrarse en Marguerite. En las palabras que de repente le dicta. Palabras con aire entre ellas. Pensadas de una en una.

Marguerite logra escribir algunas frases. Esto fluye. Eres adorable, Yann. Pero ahora, cuál es la siguiente palabra. Quizás no sepa ya escribir. Qué falta aquí, Yann. No sabes nada. Estúpido. Eres un inútil.

Marguerite grita. Lo de siempre. Lo de ella.

Pero Yann es paciente. Yann no se enfada, no. Yann se levanta del taburete y echa a andar orilla arriba, a grandes zancadas. La voz de Marguerite retumba en sus oídos. La odia. Pero cuando comenzó a leerla supo que ya no había vuelta atrás. Le escribió cartas durante cinco años y al conocerse, se gustaron. Comenzaron las escenas, los insultos, las comidas, el amor también. Quiere a esa mujer intensa con locura. Y sabe que a él le toca aguantar, evitar la ruptura del vínculo que ella hace y deshace a cada instante. Ese vínculo que ella desea a cualquier precio y que de manera casi simultánea quiere destruir. Además, se le pasará. Siempre se le pasa. Encontrará la siguiente palabra, terminará el libro y comenzará otro. Yann puede predecir sus vaivenes emocionales al milímetro. De repente, le molesta descubrirlo. Pero no quiere pensar más. Solo quiere dormir. Sigue caminando y llega hasta las rocas, donde Marguerite no puede verlo. Se tiende en la arena. Se cubre con la sábana blanca que guarda entre las rocas. Se duerme.

Marguerite

Luna llena. La luz es tan clara que casi parece de día. Marguerite ocupa ahora el lugar de Yann. Sentada frente a la

lavadora, se ajusta las gafas y hace girar el rodillo de la máquina de escribir. Luego coge la botella y llena la copa. Bebe. No quiere pensar en Yann. Solo quiere encontrar la siguiente palabra. Pone las manos sobre el teclado. Las manos le tiemblan. El temblor de una vida que limita con la muerte. No, no quiere pensar en Yann. Pero ha visto su cuerpo desnudo alejándose de ella a la luz de la luna. Lo detesta. Detesta ese cuerpo resabiado, adolescente, siempre en calma. Odia, sobre todo, la juventud de él, los treinta y ocho años que lo separan de ella. Esa juventud lenta que jamás la alcanzará para envejecer junto a ella. Lo golpearía una y otra vez. Pero está lejos, escondido entre las rocas. Siempre está lejos cuando lo necesita. ¿Por qué no se marcha de una vez? Que la abandone como terminan abandonándola todos. Vete, Yann. Adiós.

Marguerite contempla el rectángulo de papel immaculado que tiene frente a ella. Se agarra la cabeza con las manos. Cuál, pero cuál es la siguiente palabra. No la encuentra. Tal vez las palabras o su ausencia solo sirvan para verificar el odio. El odio a Yann.

Vuelve a llenar la copa y mira el mar. El color del mar es negro. El azul, en Marguerite, siempre es negro. Bebe. Bebe mil veces. Olvida las palabras. Olvida el aire entre ellas. Lo olvida todo, excepto el cuerpo desnudo de Yann y la botella, que ahora está vacía. Se agacha, saca otra botella de burdeos del tambor de la lavadora. Vacía. Otra. También vacía. Las saca todas. Las lanza al suelo. Se tira a la arena. Hunde la cara en la arena, la muerde. Aumenta el temblor de las manos. Entre ella y ella misma late una hendidura que se ensancha y amenaza con romperla. Como las palabras que le estallan en los dedos antes de llegar a teclearlas.

Se calma un poco. Busca. Finalmente encuentra un resto de vino en una botella. Suspira, aliviada. Se limpia la cara

con el dorso de la mano. Se levanta tambaleándose, con gesto espeso. Se sirve el vino y se lleva la copa a los labios. Bebe un sorbo. Los temblores cesan. Alza la copa. Mira el rojo. Ve el rojo. Lo único que importa es el rojo del vino. Le gusta este rojo. Yann, mira este rojo.

Marguerite y Yann

Marguerite echa a andar con la copa en la mano, dibujando eses en la arena. Camina despacio, cuidando de no verter el rojo. El rugido del mar la aturde. Vadea la orilla. Llega hasta las rocas y busca a Yann. Está acostado en la arena, al amparo de dos grandes rocas, tapado con la sábana blanca. Marguerite se acerca. Trata de sentarse sin caerse y deja la copa en la arena.

—Yann —susurra.

Le toca suavemente el hombro. Él extiende el brazo izquierdo y se aparta un poco para dejarle sitio. Marguerite se tiende en la arena y rellena el hueco a su lado. Yann la abraza. Marguerite cierra los ojos, tira un poco de la sábana hacia ella. Mañana mandará arreglar la lavadora.